



## La reconquista del paraíso

Con el agradecimiento por haber sido distinguido con el Premio Nacional de Medio Ambiente, valoro este reconocimiento público en el más alto grado por la trascendencia que tiene para el progreso de la inquietud por el entorno, y por la lógica aspiración de que se haga todo lo posible para frenar su deterioro y garantizar su mejor conservación.

La diversidad de estos premios es buena muestra de que el medio ambiente es cosa de todos, y por ello mismo debe ser la sociedad civil en su conjunto la que ha de enfrentarse a los problemas para garantizar un futuro mejor, en línea con el desarrollo sostenible, en otras palabras, el crecimiento que además de ser sostenido –porque se produce a un cierto ritmo persistente al disponerse de los recursos necesarios para ello–, debe contar con las características que el permitan continuar de manera indefinida al no enfrentarse con el deterioro sistemático de la naturaleza. Para lo cual, resulta de todo punto exigible la aplicación de los criterios de sostenibilidad propios de la economía ecológica: realización de estudios de impacto ambiental para las inversiones significativas, internalización como gastos del consumo de capital natural, disponibilidad de presupuestos de la naturaleza en todos los entes públicos y grandes corporaciones privadas, y haciendo todo ello posible, en definitiva, un modelo de desarrollo en el cual la naturaleza sea la variable independiente.

En la dirección que apuntamos, y en la sensibilización creciente por los temas ecológicos apreciables en la comunidad humana, cabe decir que ha habido cuatro fases sucesivas: la señal de alerta con la creación de inquietudes, que simbólicamente se manifestó a escala mundial en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio, celebrada en Estocolmo en 1972, coincidiendo con la publicación del Informe al Club de Roma sobre Los límites al crecimiento.

El segundo acorde en la senda de concienciación ecológica radicó en el diagnóstico sobre la situación planetaria, que se empezó sistemáticamente con el informe Global 2000 de la Environmental Protection Agency (EPA), durante la presidencia de Jimmy Carter; un amplio texto en el que se denunció el creciente deterioro ambiental del planeta.

El tercer paso fue el hallazgo del método, para contrarrestar en lo posible los deterioros en curso: la teoría del desarrollo sostenible; que estaba emergiendo en multitud de trabajos previos, pero que se acuñó definitivamente por la Comisión sobre Medio Ambiente y Desarrollo de las Naciones Unidas, a través del Informe Brundtland (1987), que incluyó las proposiciones básicas para garantizar una economía ecológica.

Por último, cuarto movimiento en la filogenia que estamos sintetizando, llegó la Cumbre de la Tierra (Río '92), en la que se logró la firma de dos importantes convenios: el de biodiversidad, para mantener la gran riqueza de especies naturales, muchas de ellas en dificultades de supervivencia; y la convención-marco sobre cambio climático, que fue origen del subsiguiente Protocolo de Kioto.

Se ha recorrido, pues, una importante senda, jalonada por esos cuatro momentos sucesivos: alerta, diagnóstico, método e impulso para la acción. Ahora se trata de que la inquietud llegue a todos, que todos sepan que está sucediendo, que también tenga conocimiento de que los males pueden atajarse, y que el medio ambiente es cosa

de todos y que no puede lamentarse nadie si se no hacen nada para contribuir a un esfuerzo colectivo.

Este esfuerzo es necesario para enfrentarnos a los problemas que se derivan del todavía fuerte crecimiento demográfico, la persistencia de la lluvia ácida, la deforestación en las zonas tropicales, el proceso de desertificación en casi una cuarta parte del globo, la ya aludida pérdida de biodiversidad, la contaminación de mares y la sobrepesca, el deterioro de la capa de ozono en curso de remedio por la Convención de Montreal, el cambio climático una cuestión abordada por el Protocolo de Kioto, y multitud de otras cuestiones ambientales. Sin olvidar lo que sucede en las grandes ciudades, donde ya habitan 3.500 millones de personas (más del 50 por ciento de la población mundial), en la mayoría de los casos con deficiencias graves de depuración de aguas, residuos sólidos, atmósfera contaminada, ruido, etc.

En la dirección que apuntamos, el planeta Tierra, conviene recordarlo, tiene un radio de unos 6.000 kilómetros. Y la biosfera, de la cual nos aprovisionamos de todo, apenas representa una capa de 60 kilómetros de espesor (el uno por ciento del radio), desde las máximas profundidades abisales hasta la alta estratosfera, siendo en esa delgada, frágil y alterable biosfera donde producimos y reproducimos la vida humana; en una relación tantas veces contradictoria y destructiva de las poblaciones y el medio abiótico. Y, sin embargo, tal como se dijo en Río de Janeiro en 1992, juntos debemos hacer de la Tierra un hábitat hospitalario para todos.

Hace tiempo –y permítaseme la autocita–, me ocupé de las cuestiones mencionadas en mis libros "Ecología y desarrollo sostenible", y "La reconquista del paraíso. Más allá de la utopía"; dos publicaciones en las que traté de encontrar el sentido profundo de la política ambiental, para llegar a la conclusión de que este mundo en que vivimos es lo más parecido al sueño del paraíso: el planeta azul, la maravilla de la creación evolutiva, en medio de un universo oscuro y frío en el que, por lo menos hasta el momento, no sabemos de la existencia de otros seres inteligentes.

Ya sé que la mencionada reconquista del paraíso tiene una fuerte componente utópica. Pero también eran utopías, y fueron haciéndose realidad, la virtual desaparición de la esclavitud, o la jornada de 36 horas que preconizaba el propio Tomás Moro; quien precisamente en su libro "Utopía", en 1506, marcó la génesis de la más inteligente forma de pensar el futuro, anticipando lo mejor de él.

Todo lo anterior, y con esto termino, no lleva a que ya en nuestro tiempo dispongamos de un paradigma que constituye la base de la nueva ética humana, que hunde sus raíces en la solidaridad sincrónica en nuestro propio tiempo de vida, según lo expuesto en palabra como las del Sermón de la Montaña; o conforme al Pacto del Arco Iris de Yavé con Noé tras la culminación del viaje del Arca, en lo referente a la solidaridad diacrónica, a través del tiempo, con las generaciones venideras. 

*Ramón Tamames*

Ramón Tamames

Catedrático de Estructura Económica